



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Ἀϊρες Ἰωσήφ

HOMILIA

II Domingo de Lucas

En esta perícopa evangélica el Maestro Jesús nos describe la quintaesencia del Reino que vino a inaugurar: **el amor incondicional**. De cierto que el mandamiento dice: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y gran mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.”* (Mt. 22: 37-39)

Y para que la descripción sea más que clara utiliza una fórmula que nadie puede malinterpretar: *“Así como quieren que les traten las personas, Vds. también hagan lo mismo.”* La explicación que propone - paradójicamente- coloca como centro al sujeto mismo. Y es esto lo que impide cualquier tipo de malinterpretación sobre la cuestión. El apotegma es directo y seco: *“haz -o trata- a los demás -sea quien fuere- así como quieres que te traten”*. Es la técnica del espejo. Pero ¡atención!: invertida o, mejor dicho, subvertida.

Porque en realidad el “sujeto” se proyecta y, en última instancia, se convierte en el “objeto” de la sentencia. En esta propuesta, ambos términos se identifican en una **complementariedad** -en una **inter-dependencia**- operativa en cuanto existencial; existe una **mutualidad** entre el sujeto y el objeto que los **relaciona** de una manera única y creativa.

El (pseudo-)amor de los **“pecadores”**, es decir de aquellos que no quieren ser parte del “Reino”, propone otra clase de identificación -que más bien es una **supresión**- donde no media la **“alteridad”**, la **“otredad”**, considerada siempre minusvalía, obstáculo. El objeto y el sujeto se entienden como una misma entidad -ya que el primero anula al segundo- a través de una **reflexión-anulación** que es argumento necesario para que la operación recaiga siempre sobre el término supresor. Hablamos, pues, de la **autorreferencialidad** como característica principal de un circuito cerrado que exalta la individualidad, la atomicidad maximizada que necesariamente evita toda acción que no recaiga positivamente sobre sí misma.

Los que rechazan el “Reino” también aman, pero de manera condicionada. Ellos esperan de los otros que hagan con ellos de acuerdo a su voluntad -y no al contrario-, y en virtud de esto proyectan sobre los demás una *“emocionalidad positiva”*, un sentimiento recíproco, al que llaman amor: *“te amo porque me amas”*.

Y esto se convierte en un círculo vicioso donde el supuesto “amor” gira siempre sobre sí mismo. Es un amor condicionado por el “yo” y todas sus limitaciones. Es una proyección de ese “yo” que se manifiesta como reacción emocional afectiva ante los impulsos de un tercero: *“amo tu amor por mí”*.

Evidentemente, prima el propio *“placer”*, estigma distintivo de la naturaleza caída de los hombres. La potencia máxima del hedonismo humano está en aquella *sensación* de sentirse amado por los demás, en cuanto aquellos *“hacen”*, *“piensan”* y *“sienten”* tal como el “yo” propio lo hace -o cree hacerlo. Se trata de una sintonía única donde los diferentes amores se van consubstanciando unos con otros, desde los más débiles a los más intensos en una línea jerárquica que necesariamente es dominante y posesiva: *“ámame como yo te amo”; “porque te amo, eres mío”*.

El *placer* cesa cuando el círculo en algún momento deja de retroalimentarse y los hechos -las emociones- no se condicen ya más con las condiciones propias del *“amor-objeto dominante”*. La insubordinación del “amor” más débil marca el término del amor dominante, que muchas veces muta en la emoción opuesta. Entonces comienza el drama o, mejor dicho, se profundiza. La sintonía se rompe; el círculo se quiebra; la alteridad comienza a percibirse; se abre una brecha; la famosa *“grieta”*. Y no se trata solamente de *“no te amo porque ya no me amas”*. Eso sería directo, quizás honrado, aunque sí, brutal. Las cosas muchas veces son aún más complejas: *“porque no me amas, te odio”*.

La *subversión crística* propone un amor que es radicalmente diferente a aquel de los “hombres”. El Cristo-Mesías viene a cambiar la realidad de un amor cerrado y que busca lo propio, por aquella de la plena apertura hacia el otro. En este caso la *“limitación”* que ofrece la *“otredad”* se convierte en un elemento fundamental para poder proyectar no ya el “yo” de una forma utilitaria y mercantilista, sino todo el ser y la existencia de una manera indiscriminada en aquella realidad del “otro”.

El amor es la plenitud de la *“relacionabilidad”* propia del hombre creado a imagen y con capacidad de obtener la semejanza del Creador. Aquella se realiza plenamente en este vínculo de apertura y de ofrenda receptiva y desinteresada de lo que ya no es propio, sino en cuanto se encuentra en plena relación con Dios, el prójimo y la creación entera.

El amor crístico es una transformación radical del paradigma antiguo que se propone a los hombres que aún sufren las consecuencias de los estigmas del pecado adámico, y que deben reconfigurarse a esta nueva realidad del “Reino”. Se trata de un **re-dimensionamiento**, de una **re-significación** profunda y radical de la capacidad de amar primigenia del hombre.

El hombre es “**capaz del Infinito**” y, por ello, *tiene una capacidad creada pero no ilimitada de amar*. La limitación es superada no por la propia capacidad, sino por su voluntaria proyección y apertura que, en ya configurada en el alcance divino la magnifica y la maximiza de manera infinita. Asimismo, cuando el amor de cada persona se extiende y se realiza en esta apertura sin límites para con todos los seres, su alcance se amplía en cada creatura, en cada ser amado: “*Ya no vivo yo, sino es Cristo el que vive en mí*”. (Gal. 2:20)

La alteridad ahora es **don**; el término, **oportunidad**; el límite, **Gracia**; la humanidad toda es medio para alcanzar la Divinidad, cuya energía ciertamente es una **atracción infinita** hacia “**lo (radicalmente) otro**” -el creado- que nunca es asimilado, sino que siempre permaneciendo “otro” en su ontología, es perfeccionado, llevado a la máxima expresión de su naturaleza y más allá aún.

El amor que Cristo propone es **ascesis**; es incómodo; es de difícil ejecución, ya que es el camino a la famosa “**trascendencia**”: se trasciende uno mismo en el otro; sin dejar de ser yo me animo a “**darme**” por completo y sin límites -aún dentro de mis circunscripciones- a aquel que no soy yo pero que en mí toma mi rostro: nuevamente el “*speculum*”: «ἑσποτρον», este artefacto misterioso que proyecta desde adentro hacia a fuera lo que verdaderamente es en una imagen que evoca semejanza, similitud, igualdad, claro, siempre respetando la alteridad entre lo reflejado y su reflexión.

Porque el “**darse**” también implica la *complementaria* función de “**recibir**”: el amor del Cristo es **receptividad plena** de todas las actitudes, pensamientos y acciones de los demás. El que ama crísticamente se convierte en un “**caritaris depositum**” donde desaguan -donde decantan- todas las debilidades y las virtudes de los demás: “**con-miseratio**”; receptividad plena significa tener la capacidad de aceptar el amor de los demás tal como lo pueden dar o expresar; claro, es también otro **desafío** en esta doble función siempre **activa-pasiva**, y dinámica, *tal como la diástole y la sístole del corazón del hombre que se contrae -se reduce, se restringe, se condensa- para recibir y se dilata -se proyecta, se extiende, se rebasa- para dar*.

El amor crístico es un **desafío increíble, tremendo**; no basta con amar como aman los que no aceptan el “Reino” para poder ser verdaderamente hombres. Cuando uno ama en esta **clave de reciprocidad cambiaria**, entonces se es **medio-hombre**, porque en vez de abrir, cerramos; en vez de dar, quitamos; en vez de ofrecer, acaparamos. Y de esta forma quedamos incapacitados anímicamente, espiritualmente. El amor de Cristo es **apertura plena, recepción íntegra**: Pablo lo resume magistralmente: *“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser;”* (I Cor. 13: 4-8)

Claro, el “*summum*” de este amor está en el mandato: **“amen a sus enemigos”**. Esa es la **provocación** más grande para quien practica el amor mesiánico, puesto que el que ama, en cada acto de amor debe derrotar al egoísmo y a la soberbia. Amar de esta manera significa **ir al límite propio de la naturaleza humana y creada; lanzarse al abismo de la propia existencia y reducirse en aquel envión**: empequeñecerse, pues, en pos del otro; menguar en pos del otro; negarse en pos del otro: estas actitudes no son auto-flagelatorias, ni atentan contra uno mismo; al contrario, demuestran auto-conocimiento, respeto y amor profundo hacia la propia persona.

Sí, claro, el **ego** es minimizado -depuesto- ya que quien verdaderamente se ama a sí mismo no puede ser egoísta, ni orgulloso, ni soberbio: quien sabe **bien-amarse** -y consecuentemente ama como Cristo ama- es humilde y dócil en su corazón: *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.”* (Mt. 11:29). Entonces cesan los prejuicios, entonces el enemigo se convierte en amado: *“Entonces el lobo y el cordero pacerán juntos, y el león, como el buey, comerá paja, y para la serpiente el polvo será su alimento. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte--dice el SEÑOR.”* (Is. 65:25). No en vano la visión paradisiaca del Profeta hace referencia al amor crístico como plenitud del “Reino”.

El **“yugo”**, la **“cruz”**, que muchas veces son interpretados en el Occidente de manera negativa -casi masoquista- no son nada más que imágenes y símbolos de la divina **“filantropía”**, del **“ágape eterno”**, del **“éros divino”** que cantan los místicos cristianos, de esa apertura relacional infinita que atrae indiscriminada y potentemente a todos los seres a la comunión entre sí, y todos con la Deidad:

Ἴδοὺ δὴ τὶ καλόν, ἢ τὶ τερπνόν, ἀλλ' ἢ τὸ κατοικεῖν ἀδελφοὺς ἅμα; ἐν τούτῳ γὰρ Κύριος, ἐπηγγείλατο ζωὴν αἰώνιαν.

¿Acaso hay otra bendición o júbilo más perfecto que ser testigo de la convivencia entre hermanos? Es éste el camino por el cual el Señor ha proclamado la vida eterna.

(Antífona IV de los maitines de la fiesta)